



Reseñas



V
O
L
U
S
P
A
J
A
R
P
A

Paisaje Somático / 2006

Dimensiones variables. Timbres sobre tela, 470 hilos nylon, 400 figuras de mujeres históricas timbradas sobre mica. PRIMER PREMIO/ CONCURSO DE ARTE JOVEN-MAVI-2006

Mujer y escritura: fundamentos teóricos de la crítica feminista

Lucía Guerra. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2008

Olga Grau

He querido establecer una suerte de diálogo con el texto, partiendo de una pregunta que me la ha sugerido o impuesto él mismo, ¿qué hacer con el cuerpo?, para la que propongo una entrada en un doble sentido: en uno de ellos, me remito al cuerpo textual que nos entrega Lucía Guerra con su libro *Mujer y escritura: fundamentos teóricos de la crítica feminista*. En ese sentido, la pregunta deviene en: ¿qué hacer con el cuerpo crítico feminista que la autora aborda para recolocar, o reparar en la relación mujer y escritura?, ¿cómo se inscribe en nuestra actualidad?, ¿qué orientaciones posibles nos señala a partir de lo que queda en tensión en su propio texto?

En el otro sentido posible, la pregunta ¿qué hacer con el cuerpo? nos conduce a la consideración del cuerpo sexualizado como un excedente ma-



terial problemático, presente en muchos lugares de la obra, que se nos da como un significante que ofrece cierta resistencia a ser cogido y reducido en las sucesivas interpretaciones e inscripciones genéricas a que ha dado

lugar de maneras tan contradictorias en los procesos de significación, y que retorna para oscurecer y desafiar los argumentos contruidos en las elaboraciones de la propia crítica feminista. Puede servir, en tanto excedente, para ser señalado como recurso para nuevas interrogaciones sobre sus relaciones con la escritura y el lenguaje, interrogaciones que el texto no agota, invitando a otras vías posibles de especulación y de generación de conceptos.

Volviendo al primer sentido de la pregunta, el libro de Lucía Guerra nos entrega un cuerpo teórico de síntesis que

podríamos considerar como la memoria de la crítica feminista consolidada extensivamente en sus propios circuitos. Su texto nos retrotrae al pasado de un conjunto de preguntas que han tenido cursos de desarrollo tanto en los países del norte como en nuestras propias latitudes latinoamericanas, en el marco de los estudios feministas o en los estudios de género, acerca de las posibles relaciones de lo femenino con los procesos de la escritura, y en el abordaje de lo femenino en sus determinaciones culturales y su inscripción en dominios patriarcales o hegemonías masculinas.

Su libro se suma al trabajo crítico desplegado desde hace aproximadamente un par de décadas por la autora, para señalar e insistir en las marcas genéricas presentes en la escritura, pero en el que se echa de menos una consideración más central de los aportes de las críticas feministas elaboradas en Latinoamérica y en nuestro propio país. Nombres como los de las críticas chilenas Raquel Olea, Eliana Ortega, Eugenia Brito, Diamela Eltit, Kemy Oyarzún, Patricia Espinoza, entre otras, no son referidos en la bibliografía teórica ni considerados en el cuerpo del texto, los que pudieran in-

troducir otras modulaciones u otros alcances en sus análisis.

Lucía Guerra nos recuerda ciertos hitos de la producción teórica feminista relativa a las relaciones mujer y escritura (Rich, Irigaray, Kristeva, Cixous) y nos ofrece un recorrido y una impecable exposición de algunas de las elaboraciones fundamentales que han existido dentro de la teoría feminista y los estudios de género para plantearse el problema de las relaciones que tenemos las mujeres con el lenguaje, el cuerpo, la escritura y las posibilidades de expresarnos a través de éstos.

Nos propone leer los textos producidos por la crítica literaria feminista desde una manifiesta postura política que, a mi juicio, tiene en cuenta predominantemente a los “recién llegados” (Hanna Arendt), tanto desde un punto de vista generacional como también a los que acceden inicial o progresivamente al cuerpo teórico del feminismo. Como sabemos, las personas habitamos en tiempos distintos de acuerdo a con cuáles concepciones hayamos interpretado la experiencia singular y social y los signos culturales que las han tramado, trama en el sentido de tejido y también como artilugio. Eso hace que tenga

sentido el encuentro con lo producido por el feminismo por parte de quienes, pese a ser nuestros/as contemporáneos cronológicos no han accedido a este cuerpo teórico, situado más allá de su malestar y sensibilidad crítica respecto del estado de las cosas y su permanencia, y también por quienes viniendo de una nueva generación se interesan por dicha teoría. El libro realiza una rigurosa transmisión de saberes acumulados que se ofrecen como don de mujeres a las nuevas y nuevos receptores para sus propias operaciones de interpretación crítica. La donación de memoria que nos proporciona Lucía Guerra es memoria proyectiva, podríamos decir, en la medida que es memoria intencionalmente política, cual es la de profundizar en las alteraciones producidas en el orden simbólico de hegemonía masculina, el que es minado también, como el texto propone, desde las perspectivas poscoloniales.

Los bordes de su ensayo teórico, conceptual, me parece que coinciden con una suerte de cierre de campo en el contexto de las elaboraciones teóricas del feminismo logradas desde los 60 hasta fines de los 90. La autora nos ofrece un

texto engranado, en que unas partes se corresponden con otras y su tratamiento es sistemático. Cuerpo, entonces, de una cierta coherencia, unidad, que refiere más bien, a las necesidades de constitución del saber feminista en la academia; cuerpo de conocimientos que, como saber institucionalizado, intenta decir y nombrar del modo más completo y expositivo que sea posible.

Su cuerpo teórico realiza el deseo del desenmascaramiento de una perspectiva cultural androcéntrica y de las configuraciones de dominancia masculina. El libro insiste persistentemente en el uso del término patriarcal para denominar esta cultura, término que podría ser problematizado actualmente, en la medida que la figura del padre ha entrado en crisis como lo ha demostrado Michel Tort, desde el psicoanálisis, y Genevieve Fraisse, desde la filosofía. Las feministas del grupo de Milán han declarado desde ya hace un tiempo la muerte del patriarcado, desde una voluntad política que pone énfasis en las estrategias políticas de complicidad de mujeres y las alteraciones que éstas introducen en las relaciones del sistema en el acontecer de un presente. La afirmación de la

muerte del patriarcado, sin embargo y pese a su potencia significativa, puede valer con mayor o menor grado de inflexión de acuerdo a las múltiples variables en que se organiza la vida social y la intimidad en nuestras sociedades. Los indicios que da la estructura familiar contemporánea y las transformaciones de la intimidad avalan estas resistencias a la designación del dominio patriarcal pleno, aunque tenemos que advertir también las múltiples violencias de género aun existentes en las relaciones sociales, manifiestas de manera flagrante o sutil en el humor sexista, en el femicidio, en la violencia física, el abuso sexual, las políticas públicas sordas a la necesidad de legislar sobre el aborto y la anticoncepción de emergencia, entre otros hechos que pudieran ser enumerados, por nombrar algunos de los efectos de un sistema renuente a desaparecer.

Nos preguntamos ¿cuáles son las nuevas interrogantes que abre el texto?, ¿qué tensiones laten en este cuerpo? Creo que, justamente, la pregunta por ¿qué hacer con el cuerpo? (del texto) es instalada por el propio texto. Le habita una suerte de incomodidad, un malestar respecto de

una realidad a la que todavía se la puede signar con el nombre de “patriarcal.” Nombre reiterado en el pasado y presente, que se apega a la piel del cuerpo cultural, en nuevas revitalizaciones. ¿Qué hacer entonces, después de las elaboraciones de tanto discurso, y prácticas feministas? ¿Dónde ha estado el hueso difícil de roer?

Hemos tenido durante este último tiempo, la sensación de una cierta parálisis, una cierta detención, en la medida que las disquisiciones teóricas se ubican más bien en la repetición, en la síntesis de lo producido, en las elaboraciones y especulaciones que hace unas décadas se inscribían en una voluntad política de cambios, en posiciones sustentadas en un movimiento social poderoso de mujeres situadas en un horizonte de expectativas, expectantes, seguras de ser portadoras y agentes políticas, sociales y culturales de una transformación. Somos parte de una generación de mujeres que ha perdido el sentido de comunidad de mujeres que fuimos capaces de construir en los 80 y comienzos de los noventa (en Chile y otros países de Latinoamérica). La institucionalización de nuestros deseos y el saber instituido, la

mayor o menor funcionalidad de nuestro quehacer feminista a lógicas preexistentes que han sido excluyentes de un modo de ser de lo femenino, todo ello ha tenido efectos en un menor potencial subversivo. Hacemos síntomas comunes en Latinoamérica, y ensayamos recuperaciones de sentido.

Una palabra querida de Lucía Guerra es la de máscara, máscara que se usa como estrategia de ocultamiento, o que puede también servir para los fines de movilizar una intrusión en un orden excluyente. Pero hay que tener a la vista, actualmente, también la mascarada de lo femenino entendida como reposición de una identidad de género que extrema las “mínimas porciones” del cuerpo biológico (senos, glúteos) para hacerlo ingresar en las nuevas tecnologías de implantes y prótesis, nutrido de una neoideología conservadora del género y del sexo, mediatizados y progresivamente masificados, tecnologías de transexualidad o de hiperrepresentación del signo mujer sexualizada. Poco importa la crítica proveniente de los sectores más conservadores o de los más liberales: lo que se hace significativo es la validación, la legitimidad de

facto que está teniendo esa intervención artificial en los cuerpos, que supera la condición estética, para devenir muestra y exhibición de poder médico, político y económico, bajo la tutela masculina.

La pregunta ¿qué hacer con el cuerpo?, en el segundo sentido que aludíamos anteriormente en el inicio de esta intervención, se sostiene en las propias operaciones que realiza el texto: en la construcción discursiva que hace la autora, pareciera que la consideración del cuerpo la atrapa a momentos, en una condición paradójica, en aquella ideología de género de la que quiere distanciarse, surgiendo una suerte de renaturalización en la consideración del cuerpo y su relación con la escritura. El cuerpo, aun en su interpretación crítica feminista, vuelve a reponer a ratos el lugar natural, en una suerte de “conciencia contradictoria” (p.95), lo que queda expresado como tensión en el texto a partir, por ejemplo, de la consideración de la “economía de la placenta” que se valoriza en función de que evidenciaría la difuminación de los límites de un ser y otro, de la mismidad y la alteridad, de un yo y un tú, que sería un potencial de las mujeres. Esta reposición

de una condición natural del cuerpo y su relación con la escritura queda evidenciada en otra afirmación que Lucía Guerra hiciera otrora (en una entrevista concedida a Jean Chrzanowski, 1993), respecto de que la escritura es un “flujo menstrual,” una “cosa muy natural, muy biológica.”

El cuerpo aparece, entonces, como el hueso duro de roer, frente a él se vacila, se oscila; el cuerpo perturba, permite instalarlo en su diferencia genérica a través de la escritura para los fines disruptivos, pero que, con la fuerte carga de haber servido a los más tradicionales, vuelve a reponer a éstos, inconscientemente. En su doble faz, el cuerpo evoca la historia inscrita en él y también provoca significaciones que la trastornan.

El libro logra exorcizar los obstáculos al pensamiento que imponen los sistemas de

significación y construcción simbólica desde lógicas de exclusiones plurales, y libera sentidos para la invención de nuestras vidas como mujeres. Podría decirse que, de alguna manera, el trabajo teórico que desarrolla Lucía Guerra es autorreflexivo respecto de su propia producción de escritura de ficción, consciente de las conceptualizaciones críticas referidas a la mujer y a lo femenino. Introduciendo una palabra rebelde, la escritura teórica puede preceder o permitir derivaciones del ensayo crítico a la ficción, y ésta componer una amalgama con las disquisiciones intelectuales. Ello invita a releer sus textos de ficción bajo esta perspectiva, en la tensión permanencia y alteración de los hábitos culturales de la sociedad falocéntrica.